

Introducción

El 2 de diciembre de 2015, en su discurso de apertura de un debate parlamentario sobre la acción militar emprendida contra el denominado Estado Islámico en Siria, David Cameron, el primer ministro británico, describió a los miembros de la organización como «monstruos medievales que violan mujeres y asesinan a otros musulmanes». No era la primera vez que identificaba el uso de la violencia sexual por parte del Estado Islámico con algo que pertenecía a un momento concreto del pasado lejano: un año antes, había declarado ante las Naciones Unidas que «las crueldades que infligen a la gente —decapitaciones, ojos arrancados o violaciones— son horribles. Es de un carácter literalmente medieval».¹

El símil que Cameron hizo entre los comportamientos sexuales repugnantes y su entidad medieval dista mucho de ser algo exclusivo de su propia cosecha. Más bien, esto se inscribe en una larga tradición que asocia la Edad Media con todos aquellos vicios —entre los que también se incluyen la superstición, la tortura y la falta de higiene personal— para los que nos hemos vuelto demasiado buenos, o eso nos gusta pensar. Sus comentarios resumen una idea popular, a saber, que la vida medieval era retrógrada y violenta de modo irreflexivo, y que el sexo, en lugar de ofrecer un respiro de esta incesante desolación, solía ser violento, depravado o ambas cosas. Muy a menudo, la industria del entretenimiento ha representado y reforzado todos estos estereotipos, y la versión de nuestro pasado medieval a la que Cameron hace referencia tiene mucho en común con el mundo que se muestra en *Juego de tronos*, la serie de la HBO.

Aunque este programa de inmensa popularidad es técnicamente una fantasía ambientada en un mundo ficticio, sus creadores han hecho mucho hincapié en su inspiración medieval y su verosimilitud histórica. Cuando *The Atlantic* le preguntó por la violencia sexual que se muestra en la serie, George R. R. Martin (el autor de las novelas en las que se basa) respondió: «Bueno, no escribo sobre el sexo en la actualidad, sino en la Edad Media». Tales afirmaciones se han utilizado para justificar la inclusión de una gran cantidad de encuentros sexuales y escenas en las que aparecen numerosas prostitutas desnudas, la mayoría de las cuales aportan poco o nada a la trama o a la evolución de los personajes. Se trata de un mundo en el que la violencia sexual —incluida la violación— es endémica, el incesto no tiene nada de extraordinario y la homosexualidad es antinatural. Casi todos los personajes femeninos son agredidos sexualmente —algunos de ellos en repetidas ocasiones—, mientras que Loras Tyrell, el principal personaje gay, es un hombre afeminado y promiscuo al que, al final, ejecutan por «sodomía».²

En el género romántico, también son características las representaciones estereotipadas del sexo medieval, tal como demuestra la colección de novelas históricas *Medieval lords and ladies* de la editorial Mills & Boon. En comparación con *Juego de tronos*, se trata de historias más bien suaves, pero que, de la misma manera, insisten en que se trataba de un mundo violento (la mayoría de los héroes son algún tipo de guerreros) en el que las mujeres enfrentaban un peligro físico constante. Aunque Mills & Boon se ha alejado, en general, de la violencia sexual en los últimos años, una gran cantidad de los encuentros descritos en sus libros medievales siguen dependiendo mucho de las ideas de dominación y sumisión. Con frecuencia, las heroínas se muestran reacias a reconocer su atracción por el héroe y solo se dan cuenta de sus verdaderos sentimientos cuando, impotentes, sucumben a una combinación de acoso persistente y sexo duro. El carácter estereotipado de tales obras hace que este comportamiento resulte aceptable —el lector sabe que habrá un final feliz y que la heroína ama de verdad al héroe—, pero a ello también

contribuye el efecto distanciador de varios siglos.³ Al igual que *Juego de tronos*, estas novelas utilizan la Edad Media como un recurso que permite al consumidor cultural moderno observar comportamientos que le resultarían incómodos si se presentaran en un entorno contemporáneo, pero que pueden ser poco desafiantes, agradables o incluso gratificantes en el plano sexual si se justifican con el cómodo manto de la historia.

La creencia popular acerca de la naturaleza extraña y violenta de la sexualidad medieval se ve reforzada por el persistente mito de que los señores medievales tenían derecho a tomar la virginidad de una novia en su noche de bodas, el llamado «derecho de pernada».⁴ Aunque no hay pruebas de que esto ocurriera en la realidad, ha aparecido en obras tan diversas como la ópera *Las bodas de Fígaro* (1786), de Wolfgang Amadeus Mozart, y *Braveheart* (1995), la superproducción de Hollywood. En esta última, la animadversión escocesa hacia los ingleses se debe, en parte, a la decisión de Eduardo I de reimponer esta costumbre al norte de la frontera con Inglaterra. Los comandantes ingleses en Escocia acogieron este nuevo derecho con entusiasmo, lo que, de forma indirecta, condujo a la muerte de la amada esposa de William Wallace y, por tanto, a su enfrentamiento contra los ingleses. También sirvió para poner de relieve la fundamental diferencia entre los nobles escoceses y sus enemigos ingleses, cuya depravación sexual se representa no solo por su entusiasmo hacia esta brutal costumbre, sino también por el incestuoso deseo de Eduardo I hacia su nuera Isabel de Francia, así como por la homosexualidad de su hijo, el príncipe Eduardo (cuya caracterización, basada de forma tan evidente en el tópico contemporáneo de los hombres homosexuales como débiles, ineficaces y maliciosos, provocó protestas cuando se estrenó la película y un crítico la describió como *gay-baiting*).⁵

Junto a la convicción de que todo el sexo en el Medievo era muy desviado o misógino de forma violenta, existe otra creencia muy arraigada: que, en la Edad Media, todo el mundo estaba reprimido —debido a la influencia de la Iglesia— en lo que

al sexo respecta, pero también loco por ello. Esta idea aparece incluso, aunque de forma muy suavizada, en la popular serie de televisión infantil *Horrible histories* donde los protagonistas de la canción «Funky monks» afirman que, si un monje desea ser fiel a sus votos, debe llevar una vida carente de diversiones. En cuanto el obispo les da la espalda, comen, beben y meten a una monja a escondidas en el convento. De forma más evidente, esto se utiliza con fines humorísticos en la multitud de películas que hacen uso de otro mito medieval persistente: el cinturón de castidad. Supuestamente, los maridos celosos lo utilizaban para evitar que sus mujeres mantuvieran relaciones adúlteras mientras ellos estaban fuera de casa, aunque hay pocas evidencias de que esto fuera un problema generalizado, o de que el uso de dicha medida fuese una solución real.⁶

No obstante, ha tenido un destacado papel en películas como *Up the chastity belt!* (1971), en la que Frankie Howerd interpretaba a Lurkalot, un comerciante de instrumentos para el bienestar matrimonial. En esencia, la cinta es una sucesión de escenas cómicas, incluida una en la que Lurkalot vende un cinturón de castidad a un marido a punto de irse de cruzada solo para darse la vuelta y venderle las llaves a toda una multitud de hombres. En otra, fabrica estos artefactos para el harén de Saladino con la intención de que estas mujeres puedan declararse en huelga sexual y poner fin a las cruzadas, que, en gran medida, se presentan como una escapada para esposos aburridos ávidos de un poco de libertad sexual.⁷

Las representaciones de esta clase ridiculizan las actitudes medievales y ponen de relieve las diferencias entre el pasado y el presente, pero se basan en la creencia de que las personas del Medioevo eran como nosotros, porque, en última instancia, el sexo es un instinto humano universal. Sin embargo, aunque hay algunas continuidades obvias —entre otras cosas, porque el cuerpo humano y sus capacidades físicas han cambiado muy poco en el último milenio—, se han producido cambios relevantes en la forma de considerar el sexo y, por tanto, de entenderlo y experimentarlo. Por un lado, la mentalidad medieval tendía a ver esto como algo

INTRODUCCIÓN

que una persona le hacía a otra, en lugar de como una actividad en la que ambas participaban por igual. Había una fuerte tendencia a enfatizar el carácter activo (de manera implícita, el masculino) y pasivo (el femenino) de los roles y a suponer que, en cada acto sexual, se involucraba uno de los dos. Aunque esto no quería decir necesariamente que se esperara que las mujeres de aquella época se limitasen a yacer y pensar en Inglaterra, es cierto que se consideraba que lo fundamental era que los hombres llevasen a cabo la penetración y las mujeres la recibiesen. Esta forma de pensar se aplicaba incluso a los actos sexuales entre personas del mismo sexo, de modo que un hombre se consideraba pasivo, y el otro, activo. Entre mujeres, solo se contemplaba como sexo de verdad si una de ellas utilizaba un objeto para penetrar a la otra.⁸

Si este punto de vista tendía a dar preferencia al coito entre un pene y una vagina como acto sexual más significativo—quizá el único verdadero—, la imagen resultaba mucho más compleja debido a la existencia de diferentes categorizaciones de la sexualidad y el comportamiento sexual. No debemos asumir de manera automática que lo que a nosotros nos parece sexual a ellos también, y viceversa. Por ejemplo, en la Gran Bretaña contemporánea, besar a alguien en los labios resulta casi inherentemente sexual, hasta el punto de que algunas personas incluso se oponen a que un padre bese a su hijo pequeño de esta manera. No obstante, en la Edad Media, un beso podía tener un significado erótico o ser una expresión de afecto, respeto o vínculo político. Tanto la heterosexualidad como la homosexualidad son invenciones del siglo XIX; aplicar cualquiera de estas categorías al mundo premoderno resulta anacrónico y distorsiona nuestra comprensión del pasado. En consecuencia, según algunos historiadores, es posible que necesitemos categorizaciones diferentes (quizá natural frente a antinatural, lícito frente a ilícito o virginidad frente a todo lo demás) para abordar el sexo medieval.⁹

Además de las diferencias ideológicas entre las visiones medieval y moderna del sexo, merece la pena considerar las diferencias en cómo la gente aprende sobre ello. Hoy en día,

cuando alcanzamos la edad de consentimiento, la mayoría de nosotros hemos adquirido un conocimiento considerable a través de la educación sexual formal, pero también de la exposición a unos medios de comunicación de masas saturados de sexo, por ejemplo, en las noticias, la publicidad, las escenas sexuales en las películas y la televisión y, quizá, incluso en la pornografía. En cambio, la mayoría de las personas de la Edad Media se limitaban a lo que podían aprender en su comunidad local, ya fuera a través de las enseñanzas del párroco, de las conversaciones con la familia y los amigos o de la ocasional visión de personas o animales sorprendidos en el acto.

Por supuesto, existe un amplio abanico de actitudes y experiencias sexuales en el mundo moderno, de modo que tu perspectiva y la mía pueden ser muy diferentes, y lo mismo ocurría en la Europa medieval. Este libro se centra en Europa occidental —un espacio geográfico de considerable extensión que abarca una gran variedad de pueblos, culturas y actitudes— durante un período de, aproximadamente, cuatro siglos: desde alrededor del 1100 hasta el año 1500. Dada tal amplitud geográfica y cronológica, así como la influencia de las circunstancias, experiencias y personalidades individuales, existirían variaciones considerables sobre lo que para la gente suponían el sexo y la sexualidad, y deberíamos ser cautos a la hora de intentar identificar una visión medieval única sobre cualquiera de los asuntos tratados. No obstante, en aquella época circularon algunas ideas y actitudes muy influyentes y compartidas de manera amplia, muchas de ellas arraigadas en los dos sistemas de creencias dominantes en toda la Europa medieval: el cristianismo católico romano y la medicina galénica. Precisamente, comenzaremos nuestro relato con la influencia que estas complejas ideologías tuvieron en el sexo y la sexualidad medievales.